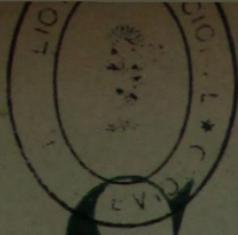


6



ASIR

REVISTA DE LITERATURA

A MERCED DE LOS QUE PASAN — WASHINGTON LOCKHART

LA AVENTURA DE UN ESTILO — GUIDO CASTILLO

SARTRE Y LA EXPERIENCIA DE LA MALA FE — H. M. ALMADA

DRAMATICO TESTAMENTO DE UN JUDIO — YOLS RACOVER

EL RETRATO EN LITERATURA — ARTURO SERGIO VISCA

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA — ARNOLD J. TOYNBEE (Selec. de R. S.)

BUEYES PERDIDOS — GUIDO CASTILLO

CUADERNO DE NOTAS — GUSTAVO GALLINAL Y ROBERTO A. PONS

POEMA — CLARA SILVA

POEMAS — WASHINGTON BENAVIDES

POEMA — LEANDRO OCAMPO

DOS POEMAS — ENRIQUE LENTINI

EL VELORIO VACUNO — MANUEL BERNARDEZ

VIDA LOCA — DOMINGO ARENA

CARBONERO — JULIO C. DA ROSA

AGUA DE MAS — RUBEN P. PASTORINO

LA CASA — CARLOS Ma. MARTINEZ

MAÑANA ES DOMINGO — SELVA MARQUEZ

DIA DE LLUVIA — LUIS CASTELLI

LA PAGINA MERCEDARIA

LA POESIA DE VIRGILIO — GUIDO CASTILLO y DOMINGO L. BORDOLI

SOBRE "LIBRO DE BUEN AMOR" — LUIS V. SOSA

23-24

AGOSTO - SETIEMBRE 1951

MERCEDES — URUGUAY

31/10/1951/13/18/1951/5201

CARBONERO

por
Julio C. da Rosa

Belarmino y María Juana se habían gustado siendo los dos muy borregos. Por la época en que las chacras eran linderas. Muchos mediodías se habían encontrado en el maizal. Con el pretexto de corretear el pajarerío dañino, pero con la intención de comer melones asoleados y conversar bobadas de gurises grandes. Nada más que para eso. La edad no les daba para otra cosa. A lo sumo, para que los dos desearan aquellos encuentros. Y se pusieran de acuerdo en que para el resto de la gente debían tener un pretexto y para ellos una intención. Pero nada más.

Claro que el gusto no iba a estar en pasarse espantando cotorras. Si hubiera sido una obligación, tal vez anduviesen todos atufados.

—¿A qué no sabés quiayo más lindo de todas las lindura?

—¿Los melones?

—No.

—Tonce no sé...

—Pero ¿no te das cuenta guri?

—Yo no, ¿y vos?

—Yo sí. ¿Sabés qué? Juirs'e la siesta.

El se quedaba mirándola.

—Mm. E mismo. Pero que haiga sol fuerte.

—Y maizal, bobeta.

Y como había sol fuerte y maizal, cada vez eran más lindos aquellos encuentros.

Hasta que un día se cortaron. Día de juez y de milicos en lo de Martínez. Y carradas de cachivaches calle afuera. Pero un día como los demás para Belarmino y María Juana. Ella se quedaba donde quedaban las chacras, el maizal y los melones. El se iba adonde fuera aquel carretón en que lo cargaron junto con los cachivaches. Sin despedirse: los gurises nunca se dicen adiós. Sólo hubieran querido decirse, que a ninguno se le olvidarían aquellos encuentros. Los del maizal en los mediodías de melones asoleados. Pero no pudieron decirselo.

Cuando bajó de la carreta, ya fué en pleno monte. Allí lo estaba esperando el tío. Un tío que no conocía "ni por el forro". Lo oyó nombrar por primera vez, cuando le dijeron que se lo entregarían para que le enseñara el oficio. Se asustó menos del silencio y la soledad, que de la cara de aquel "viejo curujón". Se figuró un montón de barbaridades.

—Este roñoso hasta lobizón ha e'ser.

Las primeras noches apenas durmió por aguaitarlo. Pero no; al fin le vino a resultar un tío como cualquier otro. Se había ido acostumbrando a él, como a todo lo demás. Y acabó viéndolo como una de las tantas cosas de allí. Porque también se había dado cuenta que el monte es como todo: tiene sus cosas. Cada cosa con su secreto; pero un secreto para todas las cosas.

—L'hacha.

Es como la llave. Sabiendo agarrar un hacha, cualquiera le halla la vuelta al monte. Y él notó que comenzaba a hallarle la vuelta; a entrarle, como quien dice. Lo notó cuando empezó a perderle el gusto a la prosa. Y a extrañar menos el otro mundo. Aquél que dejaba atrás junto con las chacras. Hasta llegó a decirle al tío:

—Si no juese por usted, yo a estas horas era un canario bruto, comilón de gofio.

El viejo se hizo el sordo. Como era noche de ronda, pensó que fuese la caña lo que le desataba la lengua. Pero así mismo, se quedó inflado de contento. Y de ahí lo empezó a observar. Días y días siguiéndole los pasos. Callado como un tarugo. Cuando habló, fué para decirle:

—Veo que te has engentau. Le has agarrau la mano al'oficio.

—Esués.

—Vas a capataciar. Por una tercia si te sirve. Si no te sirve avisá.

—¿A mí? Ta claro que me sirve.

Le hubiera gustado quedarse al frente de los hornos. Cosa linda, aquellas cuarenta y tantas horas de quema. Lindo el olor del humo. Las vigiliás ásperas de caña y tabaco. La noche como un mundo de grande, hirviendo de bichos. Y en medio del mundo, aquel cono negro largando vapor.

El horno es como un enfermo fastidioso.

—Cuando n'ostá jodiendo s'estraña.

—Le tapás una boca y te parece que has curau una herida.

—Mire qu'es cosa grande un horno!

Tuvo que salir. A colocar el carbón de la zafra vieja y a contratar montes para la nueva.

En eso andaba, cuando una tardecita se encontraron con María Juana. En el velorio del viejo Quinca. Como quien no quiere, empezaron a "hacer acuerdo" de la época vieja. Mate va, mate viene. El velorio duró dos días y sus noches; a ellos se les hizo un rato. Cuando empezaron los preparativos para el entierro, habían pasado más de diez veces por el mismo tema. Ya no hablaban más que de la altura del maizal y del tamaño de los melones. Casi sobre el momento de retirar el cuerpo, él se largó.

—Qu'embromar...

—¿Lo qué?

—Digo qu'embromar con el asunto.

—¡Asunto! ¿Qué asunto, pué?

—No, nada. La muert'el pobre finau Quinca. La flor y nata d'estos Iguinices, en vida d'él.

—¡Gué! ¿Y arricién le dá por acordarse del difunto?

Jugneteó con la punta de las alpargatas. Cruzó la pierna; desmenuzó. Mientras tanto, se arrastraba un minuto más demorado que una hora. Lo cortó ella.

—¿Quiere otro?

—Toy verde.

Otro minuto. Simuló un bostezo y acabó bostezando.

—Ay, ay... Casi casi l'estoy por preguntar si no le gustaría pa seguirme viéndonos.

—Y... si a usted le gustaría...

Quedó concertada la primera visita para el domingo siguiente.

Cuando Belarmino llegó, ella no estaba. Lo recibió un mulato con cara de dealavado. Escarbándose los dientes a cuchillo, como queriendo faltar al respeto. Le explicó que ella había salido, porque en lo de Melgarejo estaban de trillas. Que doña Cirila le había pedido una ayudita en las empanadas; que tenía mano santa para los hojaldres y por ahí.

Todo mentira. Después supo. Parece que mal llegó, ella hizo el relato del encuentro en el velorio y de la visita combinada. Pero no había terminado, cuando se lo relajaron todo. Y de ahí en adelante, no la habían dejado en paz.

—Vas a tener que abrir cuenta pa jabón, ché.

—¿Jabón? Pa desmugrar ese loco viejo, ni a ladrillo!

—Puesí... Jodidito el candidato que tias venido a echar...!

Al fin la llenaron. Pidió cuartel y dió instrucciones para el domingo.

El dió vuelta al tranco. Iba atando cabos cuando lo sorprendió el espejo del arroyo. Casi se asustó de aquella cara fieraza. Igualita a la del tío. Tuvo que tocarse, para convencerse que era la del sobrino. Largó una carcajada y enderezó para las carpas.

Tanteó el filo del hacha y se perdió chiflando monte adentro. Satisfecho de hallarles la raíz a las cosas.